

«NUNCA HEMOS VISTO UNA COSA IGUAL» (Mc 2,12)

INTRODUCCIÓN - 2. «QUÉ GRANDE HA DE SER ESTE YO HUMANO, AMIGO MÍO» (CH. PÉGUY)

«Que no se turbe vuestro corazón» (Jn 14,1)

por Pierluigi Banna*

«Solo cuando advierto que Tú estás / como un eco vuelvo a escuchar mi voz» (*Il mio volto*, en la p. 6 del cuadernillo**). ¡Pero entonces es posible no sucumbir a la tradición, a la desilusión y volver a experimentar una pizca de ternura por nosotros mismos! Para ello no hace falta un esfuerzo nuestro, un curso de autoestima o que intentemos ser mejores, sino darse cuenta de que existe alguien en este mundo –¡es suficiente con uno!– que no pretende que yo sea un superhéroe y que luego, al primer error que cometo, me abandona y me expulsa de su círculo. Es suficiente con que haya uno que me mire por lo que soy, alguien con el que yo me pueda encontrar, al que pueda tocar, besar. Como dicen los Chainsmokers en el pasaje de la página 8: «No estoy buscando a alguien / que tenga superpoderes, un superhéroe, / una historia de cuento de hadas, / sino algo a lo que yo pueda dirigirme, alguien a quien pueda besar» (*Something just like this*).

Lo describe con extrema lucidez una amiga: «En este momento yo quiero: un teléfono nuevo, una guitarra eléctrica, un tatuaje, un piercing, dinero, droga, doble agujero también en la oreja derecha y conocer a mis ídolos. ¿Y cuando he conseguido todo esto? Me quejaré porque el móvil nuevo se hace viejo, la guitarra eléctrica no es perfecta porque no la sé tocar perfectamente, el tatuaje es pequeño y quiero otro, el dinero se ha terminado y quiero más, la droga cuesta mucho, no tengo dinero y ya me la he acabado, querré también un tercer agujero a la izquierda [¡menudas orejas!] y luego a la derecha; y luego [¡atención, esta parte es espectacular!], después de que haya conocido aunque sea una vez a mis ídolos, ellos se olvidarán de mí. ¿Qué es lo que yo quiero? Yo... yo... yo quiero que... que... quiero ser querida, quiero ser mirada, quiero ser amada».

Solo cuando me doy cuenta de que hay alguien que no es como los ídolos –que me empujan a lo alto, hacen que gaste mucho de mí mismo y luego me tiran–, sino que me ama tal como soy, entonces renazco. Querido, amado, mirado por lo que soy, sin ser olvidado. Solo el encuentro con un amigo que no traiciona, que nos dice: «Que no se turbe vuestro corazón», nos hace volver a empezar.

Como le sucedió a aquella mujer cuya historia encontráis en la página 7: desde hacía doce años tenía una enfermedad que le hacía perder sangre continuamente; no había gastado su »

* Introducción al Triduo Pascual de Gioventù Studentesca, Rímìni, 13 de abril de 2017.

** El cuadernillo «¡Nunca hemos visto nada igual!» contiene los pasajes citados a lo largo del Triduo Pascual y se puede [descargar en formato PDF](#).

» dinero en tatuajes, agujeros en las orejas, guitarras eléctricas (también porque vivía en otra época), sino que había gastado todo su dinero en médicos, y ninguno la había curado. Imaginad, después de doce años, qué sentimiento de fracaso y de traición experimentaba. Se sentía traicionada: no solo por los médicos, sino sobre todo por la vida. Además, por el pueblo en el que vivía, ese tipo de enfermedad era una especie de maldición divina, y por ello debía estar lejos de la ciudad y no tocar a nadie para no contaminarlo; en definitiva, estaba excluida, era rechazada. Traicionada por la vida, por sus amigos, por su pueblo y por su mismo Dios. El papa Francisco habla justamente de esta mujer en una entrevista de esta mañana, y dice que era una excluida, una descartada de la sociedad.

Esta mujer –que podía ser cualquiera de nosotros– se entera de que ha llegado a su pueblo un hombre capaz de curar todas las enfermedades, que no se escandaliza de ningún mal. Este hombre es Jesús. ¿Qué sucede entonces? Que la mujer desafía todas las prohibiciones: la prohibición de entrar en la ciudad, la prohibición de no tocar a nadie. Le importa un comino el juicio de los demás. Solo tiene un deseo al pensar en ese hombre: ser curada. Y piensa: «Con solo tocarle el manto curaré» (Mc 5,28). Pensad cómo la presencia de aquel hombre hizo saltar todos los tapones de las traiciones e hizo brotar el deseo de aquella mujer: «Con solo tocarle el manto...», ¡quizá podía contaminarle! Arriesga al cien por cien intentando tocar al más puro de todos, Jesús, arriesgándose a morir. Su deseo se ve totalmente despertado por la figura de Jesús.

Por eso, cuando nos encontramos con alguien que no se escandaliza de nosotros, cuando nos encontramos con alguien que nos dice: «Que no se turbe vuestro corazón» (Jn 14,1), cuando nos topamos con alguien que no pretende algo de nosotros y que no nos traiciona, sino que despierta todos nuestros deseos, renace esa «ansia de vida», como la llama Lucrecio (en la página 8), que sorprendemos en nosotros, esa «ansia de vida tan profunda y maldita que nos agita y nos empuja a caminar entre peligros e incertidumbres» (*De rerum natura*). Y nos entran ganas de gritarle: «¡Ayúdame!», «¡Cúrame!», «¡Quiero estar contigo!».

Sois verdaderamente bienvenidos aquí esta noche, porque nos encontramos en un lugar en el que podemos gritar: «¡Ayúdame!» sin tener miedo de “contaminar” a los demás aquí presentes. Este deseo de ser curados que nos hace gritar: «¡Ayúdame!» es nuestra verdadera naturaleza. Y por fin nos sentimos no como uno más entre otros muchos, por fin renace el deseo de ser especiales, de salir de la masa del anonimato, como escribe el pensador polaco Heschel (que encontráis citado en la página 8): aunque «a los ojos del mundo... yo sea una media estadística, para mi corazón no lo soy» (*Chi è l'uomo?*). Ese corazón, que para los demás es tan solo una media, se despierta, se reanima. Ese corazón habita en cada uno de nosotros, ese corazón existe –¡existe!– y quiere gritar: «¡Ayúdame!» . Sin miedo de nosotros mismos, con una ternura renovada por nuestra humanidad, tratemos nuevamente de sacar fuera nuestro corazón, escuchando las palabras del canto de Gaber, *Il desiderio*.

Il desiderio